



Apunte 13 / 2021

7 Junio 2021

España y Marruecos: desequilibrio geopolítico

Dr. Enrique Fojón

Las denominadas visiones políticas y sociales son interesantes tanto por los supuestos en que se basan como por sus deducciones, pero lo que realmente es relevante es la medida en que estas son refrendadas por la evidencia. Todas las teorías políticas y sociales son imperfectas y el daño causado por su aplicación depende no tanto de cómo se corresponden con la realidad, sino a la capacidad de adaptación a ella.

En enero del 2020 se celebró en Berlín una “cumbre” convocada por la canciller Merkel para tratar la situación de la guerra en Libia y, en general, la del Mediterráneo. Asistieron, entre otros, el Secretario General de la ONU, el presidente ruso Vladimir Putin, el secretario de Estado estadounidense Mike Pompeo, el premier británico Boris Johnson, el presidente turco Recep Tayyip Erdogan, el egipcio Abdel Fatah Al Sisi, el francés Emmanuel Macron, la presidente de la Comisión Europea Ursula von der Leyen y el alto representante de la UE Josep Borrell. También representantes de Italia, Argelia y otras organizaciones africanas. La ausencia de España pasó inadvertida y sin reacción por su parte, mientras Marruecos reclamó su presencia.

La ausencia de España de la “cumbre” fue significativa pues en el teatro Mediterráneo son muchos los intereses geopolíticos y de seguridad en juego que la afectan: control de una de

las puertas de África en términos de emigración, lucha contra el contagio pandémico, expansión del terrorismo yihadista, debilitamiento de la OTAN por su frente Sur y el control del petróleo. La presencia de Italia en Berlín dice mucho del país al reclamar su protagonismo al estar en juego sus intereses nacionales, ya que era evidente su diferente punto de vista del de Francia en el conflicto libio y por ende sobre aspectos de la inestabilidad en el Mediterráneo. ¿Estaban o no en juego en la Conferencia de Berlín intereses de España?, ¿por qué no asistió una representación española?, ¿se delegó en alguien? Estas preguntas configuran el escenario para la necesaria explicación de la falta de protagonismo de España en lo que puede calificarse como su zona de interés o contexto geopolítico inmediato.

Seguridad Nacional

Normalmente, los gobiernos emiten documentos tales como Estrategias de Seguridad Nacional o de Defensa, en los que se expone lo relacionado con los intereses nacionales: su enunciado, el modo de conseguirlos y protegerlos, así como los medios necesarios para ello. Es una de las formas de comunicar a los ciudadanos las decisiones de Gobierno sobre el vital ámbito de la Seguridad Nacional que, a su vez, entraña “el compromiso” con la ciudadanía y constituye un elemento de valoración internacional. Una visión política puede ser intelectualmente relevante en sus supuestos y deducciones, pero lo que realmente importa en geopolítica es su adecuación en la constatación con la realidad. La decisión política es, por naturaleza, imperfecta, pero el daño producido por ello no lo es tanto por sus errores, sino por la falta de capacidad del actor para deducir el contexto y adaptarse a los hechos.

La visión política puede ser más o menos acertada respecto a las metas a conseguir, pero si es esencialmente dogmática, aunque sin ser agresiva, será más peligrosa porque es más reacia a admitir las evidencias del mundo real y su adecuación a ella, ya que el contexto será perfilado de acuerdo con los intereses de actores antagonistas.

En Relaciones Internacionales, se entiende por estrategia la manera de aplicar poder para alcanzar un objetivo político y una de sus manifestaciones se traduce en la capacidad para influenciar en el contexto en el que se efectúa la acción del estado. El poder no se comparte, se ejerce o, en su ausencia, la situación se vuelve favorable para el antagonista. Para aplicar el poder es necesario conocer sus potencialidades y poseer la experiencia y “destreza” necesaria, no es asunto de principiantes. El discurso políticamente correcto no puede formar parte de una estrategia ni sustituirla, en su caso podría incluirse como un medio de acción, como puede ser la desinformación.

Una actitud indolente

Desde la Transición, por no retroceder más en la Historia, España ha estado prácticamente ausente de la política internacional, ha vivido en una burbuja europeísta y atlantista donde, discursivamente, las ideas mejor difundidas se han convertido en convicciones para configurarlas en valores y emociones. Se ha crecido con la narrativa de que la política de poder es intrínsecamente mala y esa premisa es, oficialmente, inalterable dentro del contexto nacional y europeo. Es como trasladar al resto del mundo la visión de que la clave del futuro está en la universalización de nuestra referencia moral.

Esta actitud impide apreciar lo que sucede, como que existen dificultades para defender nuestro sistema contra agresiones foráneas o internas. Si sólo se emplean como referencia tópicos, como el que una Europa unida es la respuesta, que la cooperación internacional es inalienable y que una normativa internacional es mejor que la política de poder, se está negando la capacidad para identificar la realidad y se promueve una gran vulnerabilidad.

Es evidente que el mundo experimenta un cambio continuo, rápido y profundo, realidad que está todavía sólo identificada a grandes rasgos y conocida como “competición”. La concienciación de esta dinámica es el requisito esencial de supervivencia de cualquier entidad política. Ante este escenario existen dos posturas para España: seguir los acontecimientos silientemente como hasta ahora o tomar medidas de adaptación a las circunstancias mediante la innovación necesaria. En la situación presente la primera opción es prohibitiva, el sistema internacional es frágil, lo que anula las creencias neoliberales de que la Historia evoluciona hacia una situación regulada por normas universales y el poder militar quedará como un recurso obsoleto; los problemas se resolverían en Organizaciones Internacionales; el nacionalismo y las ideologías perderían su tirón.

La adaptación requiere evolución que es el camino planificado para articular remedios. Para ello es necesario que la gobernanza esté orientada a la previsión no a la experimentación ideológica. La pandemia ha impulsado cuatro tendencias geopolíticas que ya estaban en vigor: creciente desigualdad, pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas, obsolescencia de la arquitectura mundial y rápida progresión disruptiva de los niveles tecnológicos. Ser consciente de ello era y es vital.

Desde la llegada de la democracia, por aquello de fijar una fecha de referencia, España ha transferido su ámbito de decisión geopolítica a otros. Pero la geopolítica no es virtuosa y los problemas de esta naturaleza que afectan a España son reales, activos e intransferibles.

Caso de no reconocer esta situación sería renunciar al imprescindible protagonismo externo, que necesita la generación de capacidad de disuasión propia.

La geografía configura la política de un país cuando no la determina. La ubicación de España como frontera entre continentes, culturas, sociedades, demografías, economías y niveles tecnológicos le indica el camino ineludible que tiene que recorrer: el ejercicio del poder. En el actual contexto geopolítico que le afecta directamente, España debería ser consciente del hecho, salir de su introversión y actuar en consecuencia, tiene que ser actor en defensa de sus intereses.

Desde la implantación de la Constitución de 1978, España ha transitado por la Guerra Fría, el final de la Unión Soviética y la reunificación alemana, la hegemonía estadounidense y la inmersión en lo que viene a denominarse Competición entre Grandes Potencias. En estos cuarenta años España ha pasado de estar situada en la retaguardia europea del enfrentamiento bipolar a ser frontera con una parte de la zona más inestable geopolíticamente del planeta.

En ese periodo, la cultura estratégica del país no se ha alterado y, por lo tanto, excepto en escasas ocasiones, España ha sido internacionalmente irrelevante, siendo a su vez afectada por la evolución del contexto internacional sin soportar la consiguiente y necesaria adaptación mediante un proceso innovativo. Todo ello ha venido acompañado de dinámicas internas que han causado un deterioro en su cohesión nacional con consecuencias en su identidad geopolítica.

La dura realidad

Los hechos de mayo en la frontera de España en Ceuta con Marruecos son una evidencia más de la existencia de una conflictividad permanente, que se manifiesta ocasionalmente en hechos concretos, que una vez superados, la actitud de Madrid es la de “pelillos a la mar” y deseos de “buena vecindad”. Cuando la anormalidad se metaboliza es que se pierden referencias, las vallas de Ceuta y Melilla junto con las “pateras” no son hechos espontáneos, llevan decenios y son símbolos de un problema que se traducen en acciones más o menos controladas por un actor geopolítico antagonista que quiere obtener ventaja.

Ante esta situación España ha preferido “burocratizar” el tema y adoptar una rutina negacionista que no aporta soluciones. De vez en cuando, toma decisiones inanes, inútiles cuando no contraproducentes, como la retirada de las concertinas de las vallas.

Es tan evidente que España está obligada a tener protagonismo estratégico en su zona geográfica de interés, que recordarlo entra en lo absurdo. La creencia que otros van a proteger nuestros intereses es un rasgo infantiloides, pues no se puede disimular lo evidente. La carencia de visión geopolítica de los gobiernos de España es un rasgo identitario que sólo aporta desventajas. La exclusión española de la “cumbre” de Berlín es un buen ejemplo de su marginalidad internacional. La acción marroquí sobre delimitación de aguas territoriales y Zona Económica Exclusiva de marzo de 2020 constituye un reto importante tendente a forzar a España a negociar un reparto de la riqueza del lecho submarino anejo a las Islas Canarias y control de la pesca.

El tradicional discurso gubernamental respecto a Marruecos es que la relación debe de ser de “amistad”. En el ámbito internacional tal cosa no existe. Son muchos los años de “actividad” de las vallas con la frontera terrestre marroquí y en vez de considerarse una situación conflictiva, un asunto de Seguridad Nacional, se le asignan otros calificativos que distraen a la ciudadanía española tanto de la naturaleza del problema como de la inexcusable necesidad de adoptar una estrategia para hacerle frente.

En España no se concibe la disuasión, como modo de acción estratégico, nos aferramos a que las normas internacionales producirán su efecto, no gusta el “power politics”. Tanto candor es increíble, la violación de la frontera ceutí fue descrita desde instancias gubernamentales como que la soberanía que se vulneraba era la europea. De esta forma la vulnerabilidad nacional aumenta a ojos de los adversarios. El indicador de las prioridades políticas de un país son sus presupuestos, y en el caso de España, los de Exteriores y Defensa no tienen prioridad.

No es de recibo ser sorprendidos en un marco de patología crónica; tampoco lo es que, como todo instrumento eficaz de gestión de la crisis, se utilice la descoordinación de tres ministerios y se presente como el procedimiento que ha “solucionado” el problema. Tras los últimos incidentes, el conflicto crónico con Marruecos no se ha solucionado, se ha agravado. Si Marruecos ejerce continuamente la iniciativa en defensa de lo que considera sus intereses nacionales, es porque no existe la contrapartida de una visión política española del problema y, por lo tanto, de la consiguiente estrategia. Esta situación también convierte a España en fácil objeto de deseo por otras potencias en una zona de conflicto como es el Mediterráneo - Norte de África.

España necesita reconsiderar su protagonismo internacional, pero antes debe hacerlo sobre su idoneidad para ejercerlo. El déficit de cultura estratégica consecuencia, entre otras causas, de su disfuncionalidad estatal, hace de España un objetivo muy vulnerable en el

contexto internacional. Un país que tiene un problema de identidad nacional no es respetado internacionalmente.

Enrique Fojón, Coronel de Infantería de Marina (Ret) y Doctor en Relaciones Internacionales. Investigador del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria).